

con algunos colombianos, entre ellos Eduardo Zuleta Ángel y Fernando Martínez Sanabria, junto con los apuntes de viaje de Germán Samper y Rogelio Salmona o los cuadernos de dibujo de Edgar Bueno Tafur del pasado siglo XX. Documentos a los que habría que agregar la publicación de las oportunas conversaciones sostenidas con varios de ellos durante la primera década de este siglo, como la sostenida con Arturo Robledo en noviembre de 2001, las cuales nos permiten conocer de primera mano aspectos menos documentados de sus experiencias profesionales⁷.

Luis Fernando Carrasco Zaldúa

Acerca de la hospitalidad

Artistas, espacios y proyectos invitados MDE07. Encuentro Internacional de Medellín. Prácticas artísticas contemporáneas

ANA PAULA COHEN,
JAIME CERÓN (EDS.)
Fondo Editorial Museo de Antioquia,
Medellín, 2012, 311 págs.

SI LA ley de la auténtica hospitalidad consiste en abrir la puerta a lo que Derrida llama el Otro Absoluto, el que no tiene referencias y del que no tenemos referencias, y abrirla además sin preguntas o formulando la pregunta en esencia poética –sin respuesta única por tanto– que plantea el filósofo francés, la propuesta que se llevó a cabo en un evento ya mítico de Medellín, el Encuentro Internacional de Medellín 2007, de revelador subtítulo –Espacios de hospitalidad–, podría servir de ejemplo práctico para esa

7. Trabajo pionero en este sentido ha sido el realizado por el Departamento de Arquitectura de la Universidad de los Andes, con el apoyo de su decano el arquitecto Alberto Miani Uribe, con la publicación de la serie *Conversaciones de arquitectura colombiana*, a partir de su primer volumen del año 2004, en la que está incluida, precisamente, la de Robledo. Publicaciones a las que se agregó luego la de 2007 de la periodista Claudia Antonia Arcila: *Triptico rojo, conversaciones con Rogelio Salmona*.

búsqueda, tal y como se puede ver en el libro-catálogo que acaba de aparecer publicado.

No se trató, en todo caso, del primer intento por paliar lo que Lucía González, directora del Museo de Antioquia, comenta en el prólogo: “las condiciones de aislamiento de Medellín de los circuitos del arte actual, la falta de contacto con creadores y teóricos de otras latitudes, la voluntad en muchas de superar este estado de cosas”. A finales de los años noventa, por ejemplo, acontecimientos como el Festival Internacional de Arte de la Ciudad de Medellín dibujarían el camino que más tarde seguirían tantas iniciativas para abrir la ciudad al afuera, una ciudad por otro lado de intensa e interesante actividad artística durante los ochenta.

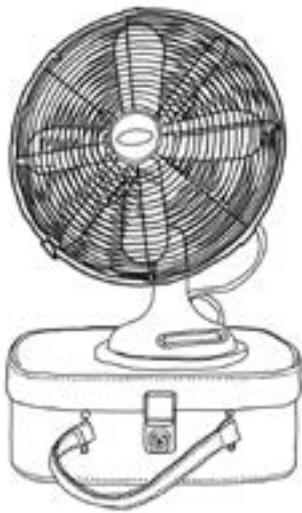
Pero dejando a un lado la transformación luminosa que Medellín ha ido viviendo en este último decenio, en buena parte gracias a iniciativas culturales y educativas y a la cual sin duda han contribuido episodios como el Encuentro Internacional, la aparición de este libro-catálogo debe ser celebrada, porque funciona como documento, gráfico también, de lo que allí ocurrió y de quienes allí estuvieron. En todo evento y más allá de la información que está disponible en las páginas web, el catálogo funciona incluso hoy como lugar privilegiado de la memoria, tiempo detenido que, si no permite vivir lo que pasó de primera mano, al menos ayuda a percibir y tener cerca las huellas de lo que allí sucedía. Hojear el catálogo de una exposición es un modo de percibir las intenciones, las aspiraciones y los resultados de una muestra, aunque falte la emoción de primera mano –visitarla–. Los catálogos son, así, esenciales: sin ellos sería imposible escribir la historia del arte del siglo XX, sobre todo porque gran parte de esa historia ha sido *escrita* a través de las exposiciones que han ido trazando el recorrido del camino y los vaivenes del gusto. Los comisarios, y no la crítica, son quienes han marcado las tendencias en los últimos años. Más allá de las teorías y los grandes libros, el arte del siglo pasado –y de lo que va del presente– se ha ido escribiendo a través de las muestras, desde bienales hasta proyectos en museos o encuentros como el de Medellín 2007.

Allí ocurrieron, desde luego, innumerables cosas –como se deduce en el libro también–, entre otras la puesta en escena de la mencionada hospitalidad que hizo que los artistas invitados –o muchos de ellos al menos– trabajaran en Medellín/desde Medellín. Se trataba de mucho más que de una exposición: parecía un revulsivo para la ciudad y para los invitados, el territorio donde propiciar uno de esos encuentros a partir de los cuales y después de los cuales, las cosas ya no vuelven a ser como antes. La estratagema era sin duda eficaz: encontrarse con quien viene de afuera o con quien está adentro es una estrategia eficiente de plantear las preguntas imprescindibles, aquellas que, sigue diciendo la directora en su prólogo, a menudo no tienen una respuesta única, pese a proponer un rico intercambio de experiencias que perduran en el tiempo una vez que el evento puntual ha terminado.



Es la idea del “evento vivo”, comenta la misma directora en su prólogo, una pretensión de preguntas que superen las respuestas y un lugar privilegiado donde ir y encontrarse y verse en la necesidad de repensar las propias ideas. Queda patente en las propuestas de los artistas, que en la publicación aparecen junto con una imagen de sus contribuciones y un texto escrito por alguno de los curadores –el equipo estaba formado por curadores y artistas de Colombia como Alberto Sierra, Óscar Muñoz, Jaime Cerón, María Inés Rodríguez, José Ignacio Roca y la brasileña Ana Paula Cohen, además de Óscar Molina y Héctor Buitrago ambos para Cine– o historiadores clásicos como el venezolano Juan Carlos Palenzuela, tristemente desaparecido, que reemerge en estas páginas como la voz amable y lúcida que habló desde Caracas. Dichos textos funcionan, además,

como presentaciones para las obras o los artistas, tomando a veces forma de entrevista con los curadores o de descripciones cortas del propio creador, como ocurre en el caso de la argentina residente en Brasil Carla Zaccagnini, quien detiene la mirada en el Museo de Historia Natural de Medellín para reflexionar sobre la vida y la muerte a través de los animales disecados. Al no poder realizar su proyecto como lo había pensado, improvisa y propone la publicación de un libro, comenta en el texto breve.



Allí están, desfilando por las páginas, artistas ya consagrados entonces como el brasileño Cildo Meireles o el español Antoni Muntadas, quienes ponen a trabajar sus obras en los territorios del límite haciendo circular Coca-Colas trucadas con frases de denuncia en el caso del primero y a través de entrevistas efectuadas en la zona limítrofe entre México y los Estados Unidos. Colombianos como Adolfo Bernal, pionero en el uso de recursos sonoros, o Liliana Angulo, la artista bogotana que reflexiona sobre las raíces africanas o el mexicano Eric Beltrán y sus reflexiones sobre el archivo como fórmula del conocimiento, son algunos de los creadores que estuvieron allí y que regresan aquí, en el catálogo, al lado de los españoles Cirugeda o Sánchez Castillo que cada uno a su modo, proponen retomar la calle de la ciudad siguiendo ese espíritu de impregnación social paralelo el evento. Tatzu Nishi reflexiona sobre la hospitalidad como una fórmula de conocimiento en la entrevista de José Roca.

El libro se va convirtiendo en una especie de isla del tesoro, plural e inesperada, en la cual conviven el mapa político de la española Cristina Lucas con los delicados dibujos de Lucas Ospina; las propuestas siempre combativas de Miguel Ángel Rojas o las revistas o colectivos que ofrecen al lector-espectador la oportunidad de moverse por un panorama variado en el que, en efecto, surgen más preguntas con respuestas múltiples, como ocurre en el mundo actual, que único puerto de llegada. Donde escenifica esa hospitalidad que se buscó en la propuesta del 2007.

Para cerrar el libro-catálogo se compila una sección de los proyectos invitados de diferente naturaleza que buscaban vinculaciones con el entorno social —desde residencias de artistas como *El Basilisco* de Buenos Aires; hasta grupos de artistas como *La culpable* de Lima; *Helena Producciones*, esencia para la vida artística y su interacción social en Cali; o *La oficina* de Caracas. Los becarios, parte esencial del evento y que muestran otra vez su vocación de implicarse en el tejido social, tienen así mismo, un espacio en la publicación, haciendo patente el carácter de construcción de puentes y caminos que el evento aspiraba a crear. De hecho, no era una exposición sin más, sino cierta propuesta de agitación cultural que volvió a dar sus frutos en la reciente edición.

Se trata, pues, de un libro-catálogo que permitirá visitar el encuentro a todos aquellos que no pudieron verlo de primera mano y una forma de recordarlo para aquellos que lo visitaron. Al tiempo, ofrece un archivo privilegiado de lo que ocurrió y, a través de los participantes en el evento, provenientes de diferentes partes del mundo, una forma eficaz de entender la manera en la cual se encontraron y fueron generando algunas de esas preguntas esenciales que siempre crecen en torno a la hospitalidad, un territorio de la reciprocidad: de quien está dispuesto a darla y quien está dispuesto a recibirla. En el año 2007 el milagro se operó en Medellín.

Estrella de Diego

La música de Roberto Pineda Duque: de la modernidad en la polifonía

Roberto Pineda Duque: un músico incomprendido

LUIS CARLOS RODRÍGUEZ ÁLVAREZ
Eticom Ltda., Medellín, 2009, 221 págs.

EN LA novela *El desbarrancadero*, Fernando Vallejo revela una valiosa pista de su poco conocida formación musical. La misma que en su residencia mexicana le procura frecuentes momentos de pacífica distensión frente al teclado del piano. Y, de paso, rescata para su biografía un episodio adicional de su vida en Bogotá, en donde el escritor fue alumno del compositor Roberto Pineda Duque (1910-1977) en el Conservatorio Nacional. “Eso fue en 1960 o 1961”, trata de confirmar Vallejo, quien con el desparpajo de su lengua paisa se refiere a Pineda Duque como “[...] autor de diez sinfonías, cinco poemas sinfónicos, misas solemnes, caprichos, conciertos para violín y piano, tocatas, tronatas”. Lo de “tronatas” es apenas un chiste de Vallejo ensayando una desaliñada rima poética digna de su estimulante estilo literario.

Pineda Duque se había establecido en forma definitiva en Bogotá desde 1953 en compañía de su esposa y una numerosa prole que no desmerecía su ascendencia antioqueña.

Es este el personaje que Luis Carlos Rodríguez —médico, historiador y profesor universitario— aborda en un libro que antes de su publicación obtuvo el Primer premio a la investigación histórica otorgado en 2004 por la Academia Antioqueña de Historia. La génesis de esta obra parece haber sido el cuaderno monográfico publicado por el Centro Colombo Americano de Bogotá en 1988, como complemento a la serie de conciertos rotulada “Compositores colombianos y norteamericanos del siglo XX” que durante más de un decenio contribuyó a la actualización del repertorio en la previsible escena musical capitalina. En esa publicación se intentaba por primera vez, la recopilación de datos